

na. Pues bien, sucede que nuestra justicia es más justa que la justicia divina y el pretendido reflejo más puro que la misma luz. Nuestras leyes no hablan ya de venganza, no quieren ya que el juez venga a la sociedad. Pues ábrase la *Política extractada de la Santa Escritura*; ¡lo primero que en ella se lee es que aquellos á quienes castiga la justicia humana son dichosos en comparacion de los que castiga la justicia divina! "Los malvados que nada tienen que temer de los hombres, dice Bossuet, son tanto más desgraciados, cuanto que están reservados á la *venganza divina*. Considerad cómo Dios los castiga en esta vida; esos castigos causan pavor." Pero todo el *rigor* y toda la *venganza* que Dios ejerce en la tierra no son más que una sombra, en comparacion de los rigores del siglo futuro: "Es una *cosa horrible* caer entre las manos del Dios vivo," (1). Esas palabras son de la Escritura; por consiguiente, son reveladas, son la verdad divina. El comentario de Bossuet es digno del texto: "Dios vive eternamente, su *cólera es implacable*; no *olvida jamás*, no *perdona jamás*, y nada se le escapa." ¡Tal es el Dios de los cristianos, el que es nuestro *Padre en los cielos*, el que es todo *caridad y amor*!

Dios es nuestro Padre, Dios es caridad, y ese Dios que nos ama infinitamente más que un padre ama á sus hijos salva á uno de sus hijos entre cien mil; noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve son condenados. De modo que sobre un millon de hombres, la vida es un bien sólo para diez; para los demas es una maldicion. ¿Es ese Dios el Padre de aquellos á quienes llama sus hijos, ó es el enemigo *implacable*, como dice Bossuet? Un católico austero, Pascal, va á responder á nuestra pregunta. Pero téngase en cuenta que no es Pascal el que habla, es la Santa Escritura, es Dios mismo revelándose á los hombres: "¿No estamos viendo que *aborrece y desprecia* á los pecadores, hasta que en la hora de su muerte, que es cuando su estado es más *deplorable y triste*, la *sabiduría divina* una la *mofa* á la *risa* y la *venganza* al *furor* para condenarlos á eternos suplicios? Me reiré de *vuestra pérdida*, dice, y *me burlaré de vosotros*." Si los salvajes escribieran, representarían á su Dios con esos colores. Y aún se nos figura que calumniamos á los

(1) BOSSUET, *Politique tirée de l'Écriture Sainte* (Œuvres, tomo IX, p. 778-779).

salvajes. Si tuvieran un Dios los demonios, dirían de él que se mofaba de aquellos á quienes condenará á suplicios eternos. No hay que decir que los santos imitan á ese Dios de *amor y caridad* que une la risa á la venganza y la burla al furor: "Los santos, continúa Pascal, obrando en el mismo espíritu, harán lo mismo, puesto que, según David, *temblarán y reirán* al mismo tiempo cuando vean el castigo de los malvados." San Agustín nos da el comentario de ese texto: "Los *prudentes se reirán* de los *insensatos*, porque son *prudentes*, no por su propia *prudencia*, sino por la *prudencia divina*, la cual se *reirá* de la muerte de los malvados." ¡La confesion de los culpables no puede ser más explícita! ¡Ay! Los hombres por sí mismos no tienen esa perfeccion que consiste en mofarse de los desgraciados y de sus desgracias; pobres seres imperfectos, compadecen á sus hermanos, á sus hermanas, á sus hijos; pero la gracia de Dios les da la prudencia divina, y entónces los escogidos, divinamente inspirados, pueden ya mofarse de los que se condenan, como Dios se burló de Adán con sangrienta ironía despues de su caída (1).

## II.

¡Librenos Dios de semejante santidad! ¡Librenos de tener de Él una concepcion de la cual se avergonzarían los salvajes! ¡Más valdría el ateísmo! dice Parker. El ateísmo tiene razon en negar un Dios semejante. ¡Pues desde nuestra infancia se nos enseña que ese es el Dios verdadero, que no hay otro! Si así fuera, más valdría mil veces que no hubiese ninguno. Todos los que tengan un alma y una conciencia serán de la opinion de Parker. ¡Cómo! ¡Se nos dice que Dios es nuestro Padre, que es todo caridad, y ese Padre crea hijos en la prevision y con la certidumbre que sobre diez mil habrá nueve mil novecientos noventa y nueve condenados! ¡Y ese Dios, que es todo caridad, se ríe con una risa sangrienta cuando la caída de Adán determina la condenacion eterna de toda su posteridad! (2).

Apresurémonos á añadir que hay otro cristianismo y otro Dios. Los protestantes avanzados toman en serio al Dios que es nuestro Padre, al Dios

(1) PASCAL, *les Provinciales*, lettre XI<sup>e</sup>.

(2) PARKER, *la Fe de la Iglesia* / *Werke*, t. IV, p. 170, 165-169.

que es caridad. Parker dice que hasta nuestros días fué la fuerza la que gobernó el mundo. Los hombres, que siempre hacen á Dios á su imágen, trasportaron á los cielos el reino de la fuerza, y pusieron allí un sér todopoderoso, el cual se sirve de su potencia para hacer el mal (1). Lo que hoy nos atrae hácia Dios no es su omnipotencia, sino su caridad. Y esta caridad no es una palabra, no es siquiera un sentimiento parecido al que los hombres llaman amor, afeccion. En nuestros mejores sentimientos hay una parte de egoísmo y de preferencia; en Dios no puede haber preferencia, ni afeccion particular, ni nada parecido; es immanente en sus criaturas, vive en ellas, y preguntar si vive en unas más que en otras es cosa absurda. Si algunas se aproximan á Dios más que otras, no debe buscarse la razon en el Creador, sino en las criaturas; unas se elevan, miétras que otras se degradan. Pero eso no impide que Dios dé á todas su gracia. Y hé ahí otra diferencia radical entre el hombre y Dios. Las sociedades humanas castigan y deben castigar. También se dice que Dios castiga; esta es una expresion impropia, porque ella supone en Dios los sentimientos del hombre y las necesidades de nuestro órden social. El juez humano debe retribuir el mal por el mal, debe imponer un sufrimiento por un sufrimiento; y cuando la pena es legitima, cuando consigue el fin del mantenimiento del órden social, la justicia está satisfecha. ¿Sucede lo mismo tratándose de la justicia divina? Cuando ella castiga, ¿es para inferir el mal? ¡Esta sola idea nos subleva! Dios no puede jamás querer el mal; y si impone un sufrimiento, es porque Él debe curar al que le sufre; en sus manos, la pena es un instrumento de educacion y de perfeccion. Lo cual quiere decir que su justicia se confunde con su caridad.

¡Qué abismo entre esa concepcion y la de la teología cristiana! Ya no se trata de un Dios que se venga; y el furor, cuando se le quiere aplicar á la justicia divina, es considerado como una blasfemia horrible. ¿Qué decir de la irrision y de la burla con que Dios persigue á los culpables? Dejemos esas locuras, mucho más criminales que cuantos crímenes pueda cometer el hombre. Dios vive en nosotros; luego nos ama á todos con igual caridad, nos inspira á todos, nos salva á todos. No más pe-

(1) CHANNING, *Discourses, reviews and miscellanies*, p. 312.

cado original infectando la raza humana, independientemente de toda falta personal; el pecado es personal, luego también tienen que serlo sus consecuencias. No más gracia milagrosa, concedida á unos y negada á otros, ó otorgada á estos con más prodigalidad que á aquellos: Dios nos da á todos su gracia. Ya no se trata de elegidos ni de reprobados, horrible distincion que sólo hombres bárbaros han podido concebir y que Dios no concibe. Dios vive en nosotros, vivirá siempre en nosotros, y continúa viviendo en nosotros, aunque le abandonemos ú olvidemos. ¿Cómo habría, pues, de condenarnos? ¿Cómo habríamos de estar separados de él, cuando un lazo inseparable une la criatura al Creador? El fuego y los tormentos del infierno son una invencion horrible de los pueblos bárbaros que hacen á Dios á su propia imágen. Cuando se considera á Dios como caridad, esa barbarie no tiene ya razon de ser. Los cristianos dicen que Jesús nos reveló la caridad divina, enseñándonos que Dios es nuestro Padre. Preciso es confesar que, hasta hoy, esa revelacion ha sido letra muerta, y que en el cristianismo tradicional será siempre una vana teoria; sólo en la religion del porvenir llegará á ser la caridad una realidad viva, una verdad (1).

N.º 4.—*El amor á Dios y el amor á los hombres.*

## I.

El cristianismo es la religion de la caridad. Jesucristo dijo que la esencia de la ley, la perfeccion, consiste en amar á Dios y al prójimo. Pronto hará dos mil años que la teología repite esta fórmula, con la cual todo el mundo está casi de acuerdo, miétras no sale del dominio de la teoria. Pero la religion no es una cuestion de teoria especulativa; la religion es la idea. ¿Qué es el amor á Dios en la vida real? ¿En qué sentido debe el hombre amarle? Oigamos la respuesta de Channing y de Parker. Channing escribió un estudio sobre las obras de Fenelon. Sabida es la discusion que acerca del amor á Dios tuvo lugar en el siglo XVII, discusion de que hemos hablado ántes de ahora (2). Bossuet no quiere por ningun título que el amor á Dios

(1) CHANNING, *Discourses, reviews and miscellanies*, páginas 313, 314, 318, 320.

(2) Véase mi *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII*.

sea desinteresado; Fenelon, por el contrario, dice que el amor, en su esencia, es la abnegación completa de la personalidad, y que si el amor á los hombres debe ser puro de todo interés, con mayor motivo debe serlo tratándose de Dios. El vicario infalible de Dios condenó á Fenelon. Este debate es característico. Más de una vez hemos echado en cara al cristianismo tradicional su empeño en convertir la moral en un cálculo que tiene por objeto ganar al cielo; y sea de la naturaleza que quiera, el cálculo vicia la moral, y al mismo tiempo la religión. ¿Entiende Channing de ese modo el amor á Dios?

Channing se admira de que los cristianos pueden decir que el amor á Dios desinteresado es una utopía, una imposibilidad. ¿Por ventura no son desinteresadas todas nuestras afecciones, ó, por lo ménos, no deben serlo para que merezcan el nombre de amor? ¿Qué hay en el mundo más puro, ménos interesado, ménos personal que el amor de un padre por sus hijos? ¿Qué es lo que quiere al amarlos? ¿Qué es lo que pide á Dios para aquellos seres que le son más caros que su propia vida? La felicidad de aquellos pedazos de su alma es su propia felicidad. Podrá con frecuencia tener una falsa idea respecto á lo que debe constituir su dicha; pero, de cualquier modo, lo cierto es que el amor á sus hijos le obliga siempre á olvidarse de sí mismo. El amor humano es, pues, la abnegación, el sacrificio continuo de la persona que ama por el ser querido. Para que los hombres sean perfectos en el límite de nuestra imperfección, es preciso darles una noción exacta de la felicidad. La causa de que la mayor parte de las personas vicien por el interés y el cálculo sus afecciones consiste en que entienden por felicidad un goce cualquiera. Nuestra felicidad no puede ser sino el cumplimiento de nuestro destino, y Jesús nos enseña que nuestra misión es llegar á ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos. Desarrollar nuestras facultades y aproximarnos cada vez más al ideal de perfección, tal es nuestro destino, tal es lo que constituye nuestra verdadera felicidad. Trabajar para hacer más perfectos á nuestros semejantes, tal es el amor á los hombres.

Es evidente que el amor á Dios no puede tener por objeto perfeccionar al que es la perfección misma. Esto nos indica sobradamente que no puede compararse el amor á los hombres con el amor á

Dios. Siendo Dios la perfección, ¿no es amarla amándole á él? ¿Y cómo puede el hombre amar la perfección sino perfeccionándose? Luego al decir Jesús que debíamos amar á Dios con todas las fuerzas de nuestra alma, y al decir que debíamos ser perfectos como nuestro Padre, dijo una sola y misma cosa. Lo cual nos conduce á esta consecuencia: que amar á Dios es trabajar en nuestro perfeccionamiento y en el de nuestros semejantes. En definitiva, amar á Dios es amar á los hombres. En esto Channing se separa de Fenelon y del cristianismo tradicional. Para Fenelon y para la generalidad de los cristianos, el amor á Dios es un sentimiento extraño á nuestras relaciones con el mundo, es un amor místico que consiste en renunciar á nosotros mismos, en morir á la vida, para abismarnos en la contemplación de la perfección divina. Channing no comprende cómo podemos amar á Dios renunciando á todo lo que constituye nuestra individualidad, muriendo á nosotros mismos. ¿No es de Dios nuestra naturaleza? ¿No vive Dios en nosotros? ¿Cómo podríamos entonces abdicar aquella y amar á Dios? La contradicción es evidente (1).

El error del cristianismo tradicional ha tenido un eco funesto. Si para amar á Dios es preciso renunciar á sí mismo, ¿no será el mejor medio de amarle sacrificar la sociedad de los hombres y todo lo que les interesa para vivir en el comercio exclusivo de Dios? Y vivir en Dios, ¿no será aniquilar nuestra naturaleza, en vez de desarrollarla? Esto es lo que sin duda pensaron los millares de hombres y mujeres que huyeron de la sociedad de sus semejantes para retirarse á un desierto y encerrarse en un claustro, y olvidarse allí de la vida y vivir muriendo. Hémos bien lejos del ideal de Cristo, del ideal del cristianismo liberal. Jesús dijo: Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos. La verdadera religión, añade Channing es, pues, la adoración de un ser perfecto, y ese culto que rendimos á la perfección tiende á perfeccionarnos á nosotros mismos. Cuando los ascetas cristianos se retiraban al desierto ó se enterraban en un convento, trabajaban también por su salvación, es decir, por su perfección, sólo que por salvación entendían una existencia imaginaria en un mundo imaginario. Tan imaginario es todo en ese pretendido ideal,

(1) CHANNING. *Remarks on the character and writings of Fenelon* (*Discourses, reviews and miscellanies*, p. 199-202).

que los hombres que tratan de realizarle creen llegar á la perfección muriendo á todos los sentimientos, á todas las ideas, á todas las preocupaciones de la vida real tal como Dios la ha hecho; en una palabra, creen alcanzarle matando la razón, matando el alma. ¡Singular manera de llegar á la perfección de Dios! ¡Aniquilar las facultades cuyo desarrollo, cuyo perfeccionamiento puede sólo aproximarnos á él! Channing dice que Dios, tal como Jesucristo le ha revelado, no es sino otro nombre para significar la perfección intelectual y moral. Si Dios se ha revelado á nosotros, es para darnos un ideal de perfección, esto es, para perfeccionarnos. Conocer á Dios es elevarse á la idea de perfección, y amarle es amarla, de manera que todas las fuerzas de nuestra alma no tengan más objeto que nuestro perfeccionamiento (1).

Esa concepción es cristiana, puesto que no es sino la paráfrasis de una frase de Jesús, y, sin embargo, ella transforma completamente el cristianismo histórico. Hemos dicho que para la inmensa mayoría de los fieles el amor á Dios es un cálculo. En efecto, ¿qué es lo que entienden por salvación? La recompensa que Dios concede á los que le sirven. Así pues, es necesario conciliarse su favor, haciendo todo lo que Él quiere que hagamos. En este orden de ideas, Dios viene á ser una especie de príncipe, á quien alabamos y adulamos para que nos otorgue sus favores. ¿Es el camino más derecho para llegar á la perfección divina temblar ante Dios y prodigarle alabanzas? Tanto valdría decir que el mejor medio de elevarse es envilecerse. Dios es el amor, Dios es la inteligencia, y adorarle es crecer en inteligencia y en amor, amarle es inspirarnos en sus perfecciones. ¿Probarémos nuestro cariño á los hombres huyendo de ellos? ¿Desarrollarémos nuestra razón encerrándonos entre las cuatro paredes de un claustro? ¿Alcanzaremos el ideal de la perfección muriendo á nosotros mismos? ¿No es Dios la fuente de toda vida? Para elevarnos hasta Él es preciso, no morir, sino vivir (2). Tal es la salvación que predica la religión del porvenir. No nos salvaremos huyendo lejos de la familia, sino cumpliendo en ella los deberes que

(1) CHANNING. *Discourse at the installation of the Rev. Motte* (*Discourses, reviews and miscellanies*, p. 440-442).

(2) CHANNING. *Discourse at the ordination of the Rev. Farley* (*Discourses, reviews and miscellanies*, p. 460-473).

los lazos de la sangre nos imponen. No nos salvaremos huyendo leyes de la sociedad, sino permaneciendo en ella y trabajando por hacer mejores á nuestros semejantes. No nos salvaremos rompiendo nuestra naturaleza, matando nuestro cuerpo, cegando nuestra razón, ni destruyendo nuestros más legítimos sentimientos, sino desarrollando todas las facultades de que Dios nos ha dotado, sin excluir las facultades físicas. ¿No es el cuerpo obra de Dios? ¿No es el órgano del alma? ¿No es la inteligencia el más hermoso de cuantos dones nos ha concedido Dios? Y ¿cómo le amarémos, si matamos en nosotros la facultad de amarle?

## II.

Para el cristianismo, el amor á Dios entraña otra idea: amar á Dios, según dicen, es servirle, adorarle, rendirle culto. Para los católicos, amar á Dios es obedecer sus mandamientos, tales como la Iglesia los interpreta, es obedecer á la Iglesia, que es el órgano de Dios, es practicar las observancias y los sacramentos y hacer las obras que ella prescribe. Orar, ayunar, oír misa, confesarse, comulgar, dar limosnas, tales son los actos que ellos entienden por piedad. Para los protestantes, amar á Dios es leer la Biblia, oír su interpretación, orar también y tomar parte en las obras de beneficencia que la Iglesia patrocina. En este orden de ideas, hay un dominio para la piedad y otro para los negocios seculares ó profanos. Los cristianos no dirán que es un hombre piadoso el que sea buen hijo, buen ciudadano, buen industrial ó buen funcionario; reservan ese calificativo para el que cumple ciertos actos religiosos. El amor á Dios, tal como el protestantismo liberal le comprende, conduce á otro culto muy distinto. Parker resume en algunas máximas lo que es el amor á Dios. Amar á Dios, dice, es amar la verdad, no por la ventaja que ella nos procure, sino porque es la verdad y porque Dios es la verdad; amar á Dios es amar todo lo que es bello y bueno, porque Dios es el amor; amar á Dios es amar todo lo que hay de divino en los hombres, porque Dios vive en ellos. Comprendido así, el amor á Dios no se contenta ya con la adoración, con el culto que la humanidad, durante su infancia, consagra á la potencia desconocida cuyo favor trata de conciliarse. Hoy

la religion se identifica con la moral, y, por consiguiente, el amor á Dios ó la piedad no puede ser ya lo que ántes era: expresion de una religion moral, debe manifestarse por actos mórales. Tenemos un modelo de piedad que los cristianos no pueden recusar: Jesucristo pasó su vida, no en orar en las sinagogas, sino en practicar el bien. Hé ahí la vida piadosa por excelencia. Así pues, amar á los hombres y hacerles todo el bien que nos sea posible en el límite de nuestras facultades, es amar á Dios, adorarle y servirle (1). El que ama y sirve á los hombres es un hombre piadoso.

Esa concepcion de la piedad ó del amor á Dios cambia completamente la nocion del culto que le debemos, y hace desaparecer la distincion de los actos en piadosos ó religiosos y profanos ó seculares. Todas las acciones, todos los pensamientos son religiosos cuando son inspirados por el amor á Dios, ó, lo que es igual, por el amor á los hombres. Hay actos llamados profanos que son actos de verdadera piedad, mientras que hay ciertos actos de piedad que son más que profanos, puesto que constituyen una violacion de los deberes que Dios nos impone. La Iglesia aplaude, como á una heroína, á la jóven que pisotea los sentimientos de la naturaleza y abandona á sus padres para encerrarse en un claustro. Esto se llama amar á Dios y sacrificarle los lazos de la carne. Los Bárbaros, que á las divinidades sanguinarias sacrificaban hombres y á veces hasta sus propios hijos, creian tambien practicar un acto de sublime piedad, siendo así que lo que practicaban era el más abominable de los crímenes. Si el padre que inmola á su hijo escuchara el grito del corazon, retrocedería espantado ante un sacrificio que los sacerdotes le representan como agradable á Dios. Y si la jóven que abandona á sus padres escuchara la voz de la naturaleza, se guardaría muy bien de violar el primero y más sagrado de los deberes que ella le impone, cual es el de amar á los autores de sus dias. Si desconoce la voz de la conciencia, es porque cree que hay un deber más sagrado, un amor superior al amor filial, el amor de Dios. Es, pues, de suma importancia enseñar á los hombres que amar á Dios es amar á sus semejantes, y que no hay deberes superiores á los deberes de la naturaleza. Tal como le concibe

(1) PARKER, de la *Piedad y de sus relaciones con la vida humana* (Saemmtliche Werke, t. III, p. 3, 5, 6, 16, 19, 20).

el cristianismo tradicional, tal como le practican muchas veces las almas que parecen más tiernas, el amor á Dios conducé con frecuencia á no amar á los hombres. El amor á Dios que predica la religion del porvenir enseñará á los hombres que la única manera de amarle es amar á sus semejantes.

Un protestante suizo, Lang, redactor de la *Voix du Temps*, ha escrito una meditacion sobre la piedad razonable (1). Vamos á resumirla rápidamente para dar una idea de la piedad moderna. La piedad cristiana ha tomado al pié de la letra la separacion de Dios y de la vida. A sus ojos, es siempre el diablo el príncipe de este mundo, y de ahí el que sea renunciar á Satanás el primer paso en el camino de la piedad. El matrimonio es un remedio contra la incontinencia; pero el que tenga la fuerza de resistir á Satanás hace mejor no casándose. Hé ahí amenazada la familia hasta en su misma fuente. La piedad moderna no ve nada de impuro en la union de los cuerpos, porque Dios nos los ha dado y ha querido que la raza humana se perpetúe por su union. Pero la union de los cuerpos no constituye todo el matrimonio; el verdadero matrimonio es la union de las almas. El hombre y la mujer se completan uniéndose, se ayudan á desarrollar sus facultades y trabajan de consuno á su perfeccionamiento. ¿No es esto amar á Dios? ¿Quién ama á Dios mejor, la religiosa que pasa el día y la noche rezando, y que empezó por violar el más santo de los deberes, ó la mujer que sostiene á su marido en las rudas pruebas de su vida? ¿Quién le ama mejor, la vírgen que se enamora de Jesús con un amor místico, ó la madre que cria y educa una nueva generacion en el amor á Dios? Tanto valdría preguntar si hay más amor en el egoismo que en la abnegacion.

La piedad tradicional dice con Jesucristo que su dominio no es de este mundo, y le abandona á César. Que César reine despóticamente, que los ciudadanos estén sin derechos, que haya esclavos, que la esclavitud corrompa á los mismos amos, ¿qué le importa todo eso á la piedad tradicional? ¿No dijo San Pablo á los esclavos, que debían preferir la esclavitud, aunque pudieran ser libres? La opresion y la tiranía son cosas de poca monta para

(1) LANG, *Stunden der Andacht*, t. I, p. 125 y siguientes.

los fieles: ¿no es una virtud cristiana soportar con paciencia los malos amos? La enseñanza de la religion del porvenir no será esa: ella dirá que es un acto piadoso romper las cadenas de los esclavos, porque la esclavitud les quita la mitad del alma, corrompiendo al mismo tiempo la de los amos; ella dirá que es un acto piadoso mejorar las instituciones sociales, porque cuanto más perfecta sea la sociedad, más medios tendremos de perfeccionarnos; ella predicará la paciencia, en cuanto ella nos ayude á soportar los males inevitables de la vida; pero celebrará como á héroes piadosos á los que sacrifiquen su vida por la libertad.

Á la piedad tradicional no le gusta la ciencia. Y no hablamos del vulgo de las gentes de Iglesia, las cuales tienen sus motivos para poner trabas al desarrollo de la inteligencia y condenar la libertad de pensar. Los héroes mismos de la piedad cristiana miran la ciencia de reojo, porque dicen que ella envanece; para que la acepten, la ciencia debe convertirse en humilde servidora de la teología. La religion del porvenir contará el desarrollo de la inteligencia en el número de nuestros más impetuosos deberes, y honrará como á santos, no á los que menosprecien la ciencia, sino á los que la cultiven. Entónces será un acto de piedad consagrarse al estudio, no ya para servir á la Iglesia, sino para libertar á la humanidad de la más funesta de las esclavitudes, cual es la que encadena la razon, y los libertadores del espíritu humano ocuparán el primer rango entre los hombres piadosos.

Hay ocupaciones más ó menos materiales que en la religion del pasado fueron siempre consideradas como esencialmente profanas. El cristianismo no prohíbe el comercio ni la industria, pero los tiene en mediana estima, y hasta puede decirse que los reprueba, puesto que condena las riquezas y repite contra los ricos las terribles maldiciones que pronunció Jesús. ¿Por qué no ha de ser un acto de piedad la actividad industrial, comercial ó agrícola? ¿No es llenar la mision que Dios impuso al hombre al darle la facultad del trabajo? El cristianismo ve en la necesidad del trabajo una de las maldiciones que Dios echó al primer hombre por su pecado. Hace tiempo que la humanidad ha abandonado ese error. Hoy vemos en el trabajo el más hermoso de cuantos dones nos concedió la Providencia: trabajar es, pues, cumplir nuestra mision, y, por consiguiente, servir á Dios como él

quiere ser servido; trabajar es un acto de piedad.

Es indudable que en las ocupaciones materiales hay un escollo, cual es que ellas nos obligan á pensar demasiado en el presente, haciéndonos olvidar la vida futura. Pero, bien considerado, este peligro se encuentra en todas las manifestaciones de la actividad humana. Tambien el sabio puede olvidar á Dios: á fuerza de ocuparse de los pormenores de su ciencia, puede inclinarse á no aceptar como verdadero sino lo que ella le demuestra. Y de ahí nace precisamente esa tendencia al materialismo que se nota en los hombres que se consagran al estudio de la naturaleza. Esta propension del espíritu humano necesita un contrapeso. La religion es una facultad del alma que exige que se la cultive como las otras facultades, lo cual quiere decir que el culto es necesario, que se necesita un culto para la infancia y la juventud y otro para la edad madura. El niño no comprende la religion sino bajo sus formas ó manifestaciones exteriores. Pero se engañaría mucho el que creyera que el culto no es necesario en el niño sino para desarrollar el sentimiento religioso. La educacion empieza en nuestra infancia y no concluye sino con nuestra vida, ó, mejor dicho, no concluye jamas, es infinita como la existencia. Cualquiera que sea su edad, el hombre necesita alimentar su alma y su inteligencia para fortificar el lazo que le une á Dios. Si los cuidados y las ocupaciones de la vida habitual tienden á distraerle de Dios, es conveniente que haya horas y dias consagrados á recordarle que debe volver los ojos al manantial de toda vida. Este culto no será lo que fué en el pasado. Jesús nos dijo ya que el hombre se había hecho para el sábado y no el sábado para el hombre. Pero, sin embargo, habrá un culto, porque no sólo es una necesidad para el individuo, sino tambien una condicion de existencia para la religion. Ella es un lazo que nos une á Dios, pero es tambien un lazo que liga á los hombres, y el más fuerte de todos. ¡Guardémonos, pues, de aflojarle! La religion oficial no es precisamente la que más nos encanta; y, sin embargo, sentiríamos verdadero espanto si súbitamente se cerráran los templos y las iglesias. Suprimid el culto; no se necesitarían muchos años para que los hombres volvieran á la barbarie, á la peor de las barbaries, á una barbarie sabia, á un materialismo espiritual. Esto sería la muerte en la podredumbre.